

XLV.

Contra los ignorantes presumidos, hablando con Don Quijote de la Mancha.

¡Qué hace vuestra merced que no arremete,
Oh Don Quijote, y con sin par bravura
Rompe la envejecida sepultura
En que os dejó tendido Cide-Hamete!
La adarga embrace, vista el coselete,
Y blandiendo en la diestra lanza dura,
Embista la canalla sin ventura
De sandios que á eruditos se nos mete.
Mas ya os oigo decir, hácia mi vuelto:
«Non mi quietud con voces alborotes,
Nin demandas mi ayuda asaz resuelto;
»Pues te fago saber, y es bien lo notes,
Que si anda agora el mundo tan revuelto,
Es sólo porque en él sobran Quijotes.»

XLVI.

Diá'ogo entre el autor y Bollean.

Pobre Horacio frances, quedaste feo;
Tus reglas son ya nulas para España.
—¡Oiga, y qué poesía tan extraña
Se estilaba más allá del Pirineo!
Así falló Minerva.—Ya lo creo;
Si el mochnelo no fué que la acompaña.
—¡Qué arte fuiste á escribir?—El que no daña
Al verso, así en frances como en hebreo.
Pero si no hay barbero en las Castillas
Que cante un *vodevil* (1), ni escrito vive
De tanto necio autor que al polvo humillas.
—Eso que te lo enmiende el que te escribe,
Y en donde hay *vodevil* pon *seguidillas*,
Y en donde un necio autor planta un Olive (2).

XLVII.

Brindando en un convite de bodas.

Constante Celia, á quien la suerte en vano
Contradijo un afecto generoso,
Yo te aplaudo el placer de hacer dichoso
A quien se enlaza á tu preciosa mano.
Amor, que un tiempo te afligió tirano,
Hoy te arrebató en carro victorioso,
Y coronada de su mirto hermoso,
Al tálamo nupcial te lleva ufano.
Al blando yugo allí rindes el cuello;
Y, cediendo á la noche misteriosa,
Te mira el sol en su último destello
Con el cariño que á una flor dichosa,
Que hoy la deja boton cerrado y bello,
Para verla mañana abierta rosa.

XLVIII.

A Olimpia cantando.

Guarda, Olimpia, esa boca seductora,
Que dulcemente canta y dulce rie,
Para aquel orgulloso que se engrie
De que ninguna gracia le enamora.
El ejemplo de una alma que te adora,
Por más que de tus ojos se desvie,
Hará que el más soberbio desconfie
De no rendirse á la fatal cantora.
Yo el suave olor que de tus labios parte,
Y aun el tacto evité de tus vestidos,
Y los ojos cerré por no mirarte;
Pero al sonar tu voz en mis oídos,
Olimpia, vi que para no adorarte
Es menester quedarse sin sentidos.

(1) Vaudevilles son canciones populares satíricas en Francia.
(2) Era el editor del papel público intitulado *La Minerva*, que criticaba la traducción del *Arte Poética* de Bollean, sobre todo por que sus reglas no servían para la poesía española.

XLIX.

A la muerte de la Duquesa de Frias (1830).

Carro fatal, que dividiendo el viento
Al furor de la Parca que te guía,
Sacas del mundo á la que fuera un día
Su embeleso más dulce y su ornamento.
Para ese curso, al general lamento,
Suelta esa presa de la furia impía,
Deja á Piedad vivir como solía,
De amor delicia y de amistad sustento.
¡Mas, sordo tú, la rueda precipitas,
Avaro de entregar su nombre y gloria
Del olvido á las márgenes marchitas!!!
Anda, y renuncia á tu feroz victoria;
Porque, cuando á las Gracias se la quitas,
La adoptan ya las hijas de Memoria.

L.

POESÍA AL SOL,

en los días de la Reina, nuestra señora, doña María Cristina de Borbon (1831).

Templa por hoy ¡oh sol! la abrasadora
Lumbre que tu brillante faz fulmina;
Deja reinar serena y peregrina
La amable luz de la risueña aurora.
La que es delicia á Céforo y á Flora;
Que hace asomar la rosa entre la espina,
Y es como la sonrisa de Cristina,
Que cuanto más se ve, más enamora.
Basta esa risa al día más hermoso,
Y más si la produce el dulce objeto
De quien es madre en brazos de su esposo,
El único..... Mas no; que con respeto
Me responde un acento misterioso:
«El único no es ya..... guarda secreto.»

LI.

A la Reina, nuestra señora (1832).

Mirad la copia del sin par modelo (3)
En que más gracia á más virtud se aúna,
A quien la bella Nápoles dió cuna,
Y trono digno el carpetano suelo.
Miradla atenta á derramar consuelo
Sobre infortunios, tierna y oportuna,
Como refleja la modesta luna
La luz del sol por el nocturno velo.
Ved que espaciando por el vago ambiente
Brillo sus ojos, y su falda flores,
Como el volcan que la miró en su oriente,
Todo lo anima en rayos protectores,
Todo el encanto de Cristina siente,
Y todo es á sus pies dichas y amores.

LII.

En un convite en 1831.

Aunque á cien copas de licor dorado
Junteis, señoras, vuestro ruego expreso,
Nunca haréis ceda de la nieve el peso
Con que está el nimen en mi frente ahogado.
Pasó aquel tiempo en que se vió premiado
Mi verso en alas del amor travieso,
Ganando al labio de una bella el beso
Que estaba, acaso, á mi rival guardado.
Mas si se brinda, á que desde este día
La fortuna, enmendando sus desbarros,
Haga feliz tan noble compañía;
O para celebrar á los b zarros
Que defienden la hispana monarquía,
No apuraré yo copas, sino jarros.

(3) Tomo II de la *Colección litográfica de cuadros del Real Museo*, 1832, frente al retrato de S. M. la reina Cristina, en pie, pintado por D. José de Madrazo y litografiado por Mr. Legrand.

LIII.

Apareciendo el sol en medio de un día muy nublado del invierno, al tiempo de estar celebrando en la mesa los días de su mujer.

¡Qué es esto! ¡Quién nos da de Mayo un día,
En medio del rigor de Enero helado,
De inesperadas flores matizado,
Que las Gracias esparcen á porfía?
Unos dirán que al dios de la armonía,
Otros que á Vénus tal prodigio es dado;
Mas mi pecho, á tu influjo acostumbrado,
Obra tuya lo cuenta, esposa mía.
Si, mi Laura, tu día es una rosa
Nacida, acaso, en medio de la nieve,
Que una espina tan sólo hace enojosa;
Y es que á gozarla el alma no se atreve,
Porque siendo á mi amor tan deliciosa,
Cuanto más dulce pasará más breve.

LIV.

Celebrando el bello canto y ejecución de la señora Henriqueta Lalanda, en las óperas de *Otelo* y *Zelmira*.

Tu voz encanta, tu expresion admira,
Lágrimas llueve á tu gemido el cielo;
Tigre de Hircania fué sin duda Otelo,
Pues no sintió lo que tu canto inspira.
Tú haces grato el dolor, bella la ira,
Sonoro el llanto, armonioso el duelo;
Y no fué objeto del paterno anhelo,
Ni es madre quien no llora con Zelmira.
¡Ah! Si ante tí enmudecen los humanos,
Tierna Henriqueta, y un silencio impone,
No interrumpido con aplausos vanos,
Es que el placer embarga las acciones,
Y les hace olvidar lenguas y manos,
Para sentir que tienen corazones.

ELEGÍAS.

I.

EL DOS DE MAYO EN 1808.

Silencio y soledad, fuentes ocultas
De la meditacion; ¡con qué recuerdos
Volveis á contristar en estos días
De un fiel patriota el noble pensamiento!
Ahora que el sol á las nocturnas sombras
La posesion del mundo va cediendo;
Que las aves desmayan en sus cantos,
Y la humana inquietud busca el sosiego;
Las memorias ilustres de la patria,
Sus desastres, su gloria y sus trofeos
Van precediendo al carro de la noche,
Nuestra mente ocupando en el silencio.
Brillantes fastos de la ilustre Iberia,
¡Oh, cuánto adornaréis el claro templo
De inmortal fama, conservando impresa
La actual historia del hispano pueblo!
En nada ceden los presentes días
En amor patrio y memorables hechos
A los que vieron, con asombro al mundo,
Los Pelayos, los Cides y Toledos.
Testigos sois, oh ruinas de Gerona,
De Zaragoza, oh venerables restos,
Lauros de Talavera y de Arapiles,
Y palmas de Bailén, más puras que ellos.
Vosotros duraréis, doradas tablas
Que en el vasto Océano de los tiempos,
Librarán del naufragio á tantos héroes
Que en vuestros campos con honor murieron.
No las sumergirá profundo olvido,
No del tiempo la hoz..... Pero ¡qué veol
No estoy solo..... Las tropas reunidas
Del trémulo atambor al ronco estruendo.....
Curiosa multitud, que en torno llega

A contemplar dos frios monumentos....
¡Qué dice en el semblante del soldado
Tristeza unida al militar silencio!
¡Qué dice el oro pálido en las urnas!
¡Qué dice el traje lúgubre del pueblo!
Daoiz y Velarde..... ¡Oh malogrados
En flor de juventud! Nobles guerreros,
Como Eurialo y Niso en vida unidos,
Como Eurialo y Niso en gloria muertos,
¡Cuándo brilló más puro el patriotismo
Que cuando, sin deber y sin precepto,
A inevitable muerte os entregásteis,
Por no ver en afrenta el patrio suelo!
Mil aceradas puntas requieran
Una sola baja á vuestros pechos;
Abrieron, sí, mil puertas á la muerte,
Mas nada hallaron sino honor en ellos.
Ahora, á glorioso polvo reducidos,
En esos vasos fúnebres os veo,
Donde arrancais suspiros al soldado,
Y el llanto varonil es vuestro riego.
¡Ah! mejor que en las urnas, vuestros nombres
En el nocturno pabellon del cielo
Van á resplandecer, signos de gloria,
Siguiendo el rayo del planeta hisperio.....
¡Mas ay! también á vuestra fama unido
Luce aquel día atroz..... Mayo risueño,
Aparta de él tus flores; de laureles
Cúbrela sólo, y de cipres funesto.....

¡Día terrible, lleno de gloria,
Lleno de sangre, lleno de horror,
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan patria y honor!

Este es el día que con voz tirana,
Ya sois esclavos, la ambicion gritó;
Y el noble pueblo, que lo oyó indignado,
Muertos si, dijo, pero esclavos no.

El hueco bronce, asolador del mundo,
Al vil decreto se escuchó tronar;
Mas el puñal, que á los tiranos turba,
Aun más tremendo comenzó á brillar.

¡Ay, cómo viste tus alegres calles,
Tus anchas plazas, infeliz Madrid!
¡En fuego y humo parecer volcanes,
Y hacerse campos de sangrienta lid!

La lealtad y la perfidia armada
Se vió aquel día con furor luchar;
Volviendo el pueblo generosa guerra
Por la que alevé le asaltó en su hogar.

¡Y á quién afrentas proponéis, tiranos?
¡A quién al miedo imagináis rendir?
¡Al fiel Daoiz, al leal Velarde,
Que no supieran sin honor vivir!

El mundo aplaude su respuesta hermosa;
Tender el brazo al tronador metal,
Morir hollando sus contrarios muertos,
Y ser de gloria á su nacion señal.

Temblando vimos al guerrero altivo,
Que en cien batallas no inmutó su faz,
De tanto jóven, que sin armas fiero,
Entre las filas se le arroja audaz.

Víctimas buscan sus airadas manos,
Mas el error les arrancó el puñal;
Y ¡ay! que si el día fué funesto y duro,
Aun más la noche se enlutó fatal.

¡Noche terrible al angustiado padre
Buscando el hijo que en su hogar faltó!
¡Noche cruel para la tierna esposa,
Que yermo el lecho de su amor se halló!

¡Noche fatal, en que preguntan todos,
Y á todos llanto por respuesta dan!
Noche en que truená de la Parca el fallo,
Y ¡ay! dicen todos, ¿quiénes morirán?

Sensibles hijas de la hermosa Iberia,
Pues sois modelos de filial piedad,
Los ojos, llenos de ternura y gracia,
Volved en llanto á la infeliz ciudad;

Ved á la muerte nuestros caros hijos
Entre verdugos el traidor llevar;
Y el odio preste á vuestros ojos rayos,
Si de dolor ya no podeis llorar,

Esos que veis que maniatados llevan
Al bello Prado, que el placer formó,
Son los primeros corazones grandes
En que su fuego libertad prendió;
Vedlos cuán firmes á la muerte marchan,
Y el noble ejemplo de morir nos dan;
Sus cuerpos yacen en sangrienta pira,
Sus almas l bres al empuje van.
Por mil heridas sus abiertos pechos
Oid cuál gritan con horrenda voz:
«Venganza, hermanos; y la madre España
Nunca sea presa de invasor feroz.»
Entre las sombras de tan triste noche
Este gemido se escuchó vagar:
«Goza en paz, ¡oh del suplicio gloria!
Que aún brazos quedan que os sabrán vengar.»

CORO.

*Noche terrible, llena de gloria,
Llena de sangre, llena de horror,
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan patria y honor!*
(1810.)

II.

A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL
DE BRAGANZA (1819).

Melancólica vista al mundo ofrece
Día que se gozó sereno y puro,
Cuando insensiblemente desfallece
De la noche cediendo al velo oscuro:
El rayo mal seguro,
Débil resto de luz que al monte baña,
Sin alumbrar al valle ó la cabaña;
El enmudecer lento
De los hombres, los pájaros y el viento;
Todo infunde reposo y dulce calma,
Y todo mueve á despedirse el alma
De los objetos que gozó en el día
Con dulce y natural melancolía.
Mas cuando un astro hermoso, un sol divino,
En torrentes de luz rico y glorioso,
Asaltado en su próspero camino
Se ve de eclipse horrible y tenebroso,
Aquí es el pavoroso
Temblar de cuanto vive y cuanto siente;
Aquí el correr atónita la gente,
A los pasos huir tremulo el suelo,
A los ojos faltar lóbrego el cielo.
Y fenómeno habrá que ofrezca al mundo
Más luto, más horror, mal más profundo?
Sí; tu muerte, Isabel: astro halagüeño
De amor y paz que desde su alta esfera
La muerte sepultó en eterno sueño,
Y en luto y llanto á la nación ibera.
Tú, esperanza primera
Del triste, el inocente, el desvalido;
Tú, cariño infeliz de un rey querido;
Sólo á tu muerte es dado en un momento
Hacer universal el sentimiento,
Lágrimas prodigándote en tributos
Ojos que aún vieran la miseria enjutos.
No hay duros corazones á tu suerte,
Desgraciada Isabel; ni era tu estrella
Que uno te conociera sin quererte,
Sin aclamarte madre augusta y bella.
¡Ay Dios! ¡cuánto atropella
Con solo un golpe en tí la Parca dura
De juventud, de gracia y de ternura!
¡En tí de cuánto bien despoja al suelo!.....
Eras ángel en fin; volaste el cielo.
Y en yermo lecho queda el cuerpo frío,
Cual flor por el arado atropellada,
O como blanca oveja en rauda río,
Junto á su tierno corderillo ahogada.
A quien no faltó nada,
Todo le fué negado en tal instante;

Infeliz como reina y como amante,
Ni el labio desplegar pudo, que ansioso
Se heló sin pronunciar: «Adios, mi esposo.»
Su esposo, que angustiado, sin aliento,
Apuraba la copa dolorosa,
Y trocará á su suerte en tal momento
La de un pastor feliz junto á su esposa.
¡Oh noche desastrosa!
En pos de cuyo horror el sol se asombra
De hallar cadáver blanco en negra alfombra
La que dejaba ayer reina aplaudida,
Llena de juventud, de gracia y vida;
Y hoy sólo obtiene el misero tributo
De compasion, terror, silencio y luto.

Tanta es tu furia, oh muerte, y ni la libras
Por el fruto de amor que en breve espera;
Antes te irrita más, y el hierro vibras,
Que aún lo que no nació quieres que muera.
Tú repartiste fiera
El nupcial lecho entre afliccion y muerte:
Sólo el ánimo real golpe tan fuerte
Pudo sobrellevar, sin más consuelo
Que recurrir al cielo,
Acatando sumiso á eternas leyes
Que dan también dolor para los reyes.

Ya entónces alaridos y lamentos
Del palacio á las cúpulas ascienden;
Baña el llanto los tersos pavimentos,
Y de dolor los mármoles se hienden.
¡Ay! ¡de cuán poco penden
Gozo y pesar en miseros mortales!
Que ayer alegres vivas por los reales
Pórticos resonaban con estruendo;
Y hoy, pálida la Fama, repitiendo
Con ecos de dolor la triste nueva,
De corazón en corazón la lleva.

Oyelo, y llora la orfandad doliente,
Que hallára ¡oh reina! en tu bondad consuelo;
Oyelo, y llora la industriosa gente,
Que estimulabas con benigno celo;
Oyelo y visten duelo
Las artes bellas, que hoy en sus liceos
Favores (1) tuyos muestran por trofeos;
Y aún los gratos vergeles, los variados
Bosques á tus delicias dedicados,
Que te guardaban sus primeras flores,
Al Mayo ¡ay! temo nieguen sus verdores,
Porque no ménos condolida Flora,
Apoyada á un ciprés, óyelo y llora.

Tú, en tanto, libre del humano velo,
Huyes á las moradas celestiales,
Bella Isabel, siguiéndote en tu vuelo
El inútil clamor de los mortales.
Por los brazos leales
Que dejas de Fernando el Deseado,
Los del Santo Fernando habrás hallado:
Virtudes que te fueron favoritas,
Flores dando á tu sien nunca marchitas,
Regirás desde allí tu España en gloria,
Como quedas reinando en su memoria.

Llorad, ninfas de Iberia, el dulce encanto,
Perdido ya, de la divina Elisa,
Aunque ella ya no aliente vuestro canto
Con blando halago y plácida sonrisa.
No murmureis que omisa
Enmudezca mi lira en tanto luto;
Lágrimas son, no versos, mi tributo:
Su loor deba á pechos más serenos,
Y cante más quien la llorare ménos.

(1) Los principios de dibujo trabajados de su real mano, y regalados á la Academia de San Fernando para estímulo y honra de sus alumnos.

ODAS.

I.

RECUERDOS DE AMOR (1).

Suave sería al labio de mi musa
Modular solitario sus congojas,
Al són del agua y silbo de las hojas
De selva y río en variedad confusa;
Tal vez allí la ilusa
Copia de mis pesares,
En tan nuevos cantares
Sonára, que envidioso á mis recreos
El ruiseñor, en circulares giros
Bajára, y repitiera entre gorjeos
Lo que yo le cantára en mis suspiros.

Mas ¡ay! los sacros bosques son asilo
De la inocencia, que del fondo grita:
«Huye, profano, la mansion que habita
Libre del oro el Labrador tranquilo.
Tú ves el Rhin y el Nilo
Que al mar descienden rojos
De sangrientos despojos;
Pues vives en las córtes que á la guerra
Mandan correr desde el amor los hombres,
Cuando ellos van á ensangrentar la tierra,
Vé tú, criel, á celebrar sus nombres.»

Veo los héroes, oigo la victoria,
Y en vano intento que su nombre anime
Mi débil voz para cantar la gloria;
Veo las córtes, y mi musa gime
Ante el prócer sublime;
Humilde no halla tonos
Para cantar los tronos;
Veo los cielos, y se ofusca el fuego
De mi entusiasmo á su esplendor divino;
Veo á mi Silvia, y reconozco luego
Que cantar la belleza es mi destino.

Beldad, seguro anuncio y embeleso
Del amor, que se goza en tus prestigios;
Sello de perfeccion que deja impreso
Naturaleza en todos sus prodigios;
Tú, que en los mares frígios
Naciste, Citerá,
Milagro de la idea
De los Apéles, Fidias y Ticianos;
Yo te admiro en la tierra y en el cielo,
Mas recibe el incienso de mis manos
En Silvia hermosa, tu mejor modelo.

Que por más que mis ojos arrebaté
El gallardo animal que ama la guerra,
Cuando al amor se arroja ó al combate,
Y con cuádruple pié bate la tierra,
Los colores que encierra
El iris en su cinta,
Ni la variada tinta
Del sol naciendo entre celajes rojos;
No hay para mí fenómeno más bello
Que el ver á Silvia y sus brillantes ojos,
Purpúrea boca, alabastrino cuello.

La vi deidad, y me postré á adorarla,
Y por volver el ídolo benigno,
La prosa olvido, y me dedico á hablarla
En el lenguaje de los dioses digno.
De entónces fué mi signo
Pintar en mis canciones
Sus dulces perfecciones;
¡Y cuánto, oh cielos, su beldad me humilla!
Que es á su lado mi elocuencia parca

(1) Esta oda fué compuesta al tiempo que Bonaparte batallaba junto al Nilo, y los franceses y alemanes en el Rhin, á lo que alude la segunda estrofa. El autor la tenía por la más poética y armoniosa de las suyas, y en la que más felizmente creía haber acertado á glazar la ternura y la filosofía.

Un hilo de agua que en el campo brilla,
Y el ancho mar que casi el mundo abarca.

Hijos mis versos, Silvia, de tus ojos,
Cuando mi amor mirabas indecisa,
Tras de mil que engendraron tus enojos
Volaron mil nacidos de tu risa;
¡Oh, cómo se divisa
En unos aquel frío
De tu ingrato desvío,
Y en otros un calor que al mismo exceda
Con que en torno del eje diamantino
La gran masa del sol rápida rueda,
Ardiendo en fervoroso remolino!

Tú los cantabas, Silvia, ¡en qué lugares!
¡Te acuerdas de la selva en que habitamos,
Que remedaba el ruido de los mares
Con el sordo susurro de sus ramos?
Muramos, ¡ay! muramos
De vergüenza y disgusto;
Que aún en algún arbusto
Se ve escrito que en todo el universo
Fuerza no habrá que á separarnos baste;
Y aún está allí tu letra, allí mi verso;
¡Y dónde está la fe que me juraste?

Los sauces pintarán con elegancia,
Bajo el imperio de los éuros roncós,
En sus fugaces hojas tu inconstancia,
Y mi tristeza en sus desnudos troncos;
Destemplados y broncos
Murmurarán los vientos
De aquellos juramentos,
Cuando desafiaste á aquella roca
A firmeza..... ¡oh dolor! ¡y ahora es aquella
En la que sólo estampo yo mi boca,
Porque sólo tu nombre encuentro en ella!

Tal lo dispuso irremisible el hado;
Encubra el velo lúgubre y espeso
Que oculta el porvenir, lo ya pasado.
Silvia, murió el amor; mas no por eso
Te ofendas de que impreso
Subsista en mi memoria;
Que si hay alguna gloria
En connover los bellos corazones
Con dulces metros llenos de ternura,
Y esto se diere á mí, serán lecciones
De tus gracias, tu fuego y tu hermosura.

Y como corren á la mar undosa
Las claras aguas por el campo ameno,
A tí mis versos; brindales, hermosa,
Tu blanda mano y tu mirar sereno;
Guárdalos en tu seno;
Y al abrigo de aquellas
Cimas del Pindo bellas,
Verá, de aliento y no de furia escaso,
El monstruo vil que por morderlos lidia,
Que no se oye en la cumbre del Parnaso
El ladrar de la cueva de la envidia.

II.

AL CORAZON.

Pobre corazón mio,
Te siento palpar apresurado:
¿Qué es del antiguo brío?
¿Tú tan acongojado?
¡Ay! ¿quién te ha puesto, dime, en tal estado?
¿Tú tiemblas y enmudeces?
¿La presuncion altiva qué se ha hecho
Con que quisiste á veces
Salirme del pecho
Por parecerle á tu arrogancia estrecho?
¡Qué! ¿Tan pronto se muda
En temeroso un corazón valiente?
Sácame de esta duda;
Pues te tengo presente;
Pero te desconozco enteramente,

Sumergido te encuentro
En las lágrimas mismas que derramas,
Y veo de tu centro
Salir voraces llamas;
¡Ah! no lo dudo, corazón, tú amas.
No es menester respuesta
Para que tu desgracia se autorice:
Amas, sí; tu funesta
Situación me lo dice,
Y no te corresponden, ¡infelice!
Fué de una vergonzosa
Pasión tu libertad esclavizada:
¡Ay libertad preciosa,
Víctima desdichada,
En las aras de amor sacrificada!
Con desprecio veías,
Ajeno de caer en tal desbarro,
De Amor las tiranías,
Burlándote bizarro
De los que tiran su triunfante carro.
Mas ya te estoy mirando,
Entre viles esclavos confundido,
La cadena arrastrando;
Al carro vas uncido,
Más que ninguno de ellos abatido.
Más que ninguno de ellos;
Pues si al Amor á sujetarse vienen,
Sometiendo sus cuellos,
Correspondencia tienen,
O con las esperanzas se mantienen;
Pero tú, sin ventura,
Sin esperanza, odiado estás ahora,
Amando una hermosura
Injusta á quien la adora,
Que sólo del ingrato se enamora.
Cual Icaro, tu vuelo
Al claro sol de Silvia has levantado;
Ya te ves de su cielo,
Cual Icaro, arrojado,
Y en el mar de tus lágrimas ahogado.
En tu esperanza vana
Ni el más leve verás de sus favores;
Pues guarda la inhumana
Para otros los olores,
Para tí las espinas de las flores.
Son sus mayores gozos
Ver tus ojos en llanto derretidos;
Tus ayes, tus sollozos,
Tus míseros gemidos
Son música agradable á sus oídos.
Pues, corazón cobarde,
Esfuerzo en la desgracia, toma aliento;
Y ya que ella hace alarde
De tu fiero tormento,
Haz tú de aborrecerla el firme intento.
Ya, ya por fin respiras
Y noble correspondes á quien eres,
Te burlas de sus iras,
Injurias le profieres,
La miras orgulloso y no la quieres.
Contemplas los estragos
Con que á otros pechos el amor afana;
No escuchas sus halagos,
Y haces su astucia vana,
De Silvia huyendo la beldad tirana.
Mas, corazón, ¿qué haces?
¿Al nombre de la ingrata te enterneces?
¿En llanto te deshaces?
¿Mil suspiros le ofreces?
¿Has olvidado ya que la aborreces?
¡Ay, que tu Silvia bella
En situación te ha puesto bien terrible!
El separarte de ella
Aun dudo si es sufrible;
Pero el aborrecerla es imposible.

III.

Á MI RIVAL.

Tómame el oro que la Arabia cria,
¡Oh mi rival, que como al rayo temo,

Véte á reinar adonde nace el día,
Y aun te obedezcan en el otro extremo;
Déjame á mí con la pastora mía,
Su corazón!... ése es mi bien supremo.
¿Quieres un lauro que tu frente ciña
Con mayor gloria que á ningún guerrero?
¡Ojalá, invicto en la mavorcia riña,
Venza con sólo relucir tu acero!
Déjame á mí de mi adorada niña
Sólo un laurel, que de su mano espero.
El paladar si recrear codicias,
Yo pediré que te conceda el cielo
En peces y aves todas las primicias
Del ancho mar y del florido suelo,
Mientras que yo, para gozar delicias,
Ansioso al lado de mi Silvia vuelo.
¿Es tu ambición saber astronomía?
Newton te dé su penetrar intenso;
Quita los ojos de la estrella mía,
Y ahí tienes mil en ese cielo inmenso;
A la que sola con su luz me guía
Suba la nube de mi solo incienso.
¿Es al poeta tu mayor envidia?
Toma mis versos, que si no son bellos,
El mismo Febo por vencerlos lidia
Cuando oye el nombre de mi Silvia en ellos;
Y hasta las Musas, en nombrando á Silvia,
Doblan al canto los sagrados cuellos.
Pueda tu voz apaciguar la ira
Del sordo mar y su sonoro estruendo;
Naturaleza, al escuchar tu lira,
Muda se pare, como yo esté oyendo
La bella boca que placer inspira,
Dulce cantando, dulce más riendo.
Grato á mis voces el amor te brinda
Las ninfas todas del recinto ibero,
Y la que guarda, más preciosa y linda,
Entre murallas el sultán más fiero;
Pero de Silvia tu ambición prescinda,
Que á mí el amor me la brindó primero.
Mi labio va donde tu planta pisa,
Esclavo tuyo para siempre quedo;
Y si á tu suerte puede ser precisa,
Darte ¡oh rival! hasta mi vida puedo;
¡Pero de Silvia!... ni una sola risa,
Ni una voz sola, ni un mirar te cedo.

IV.

A LA BELLA MADRE DE UN HERMOSO NIÑO.

¿Qué niño es ése que en su faz de rosa
Los rasgos guarda de la tuya impresos;
Que en ese seno agitador reposa,
Y el néctar bebe de tus dulces besos?
Hay quien le observa una virtud tirana
Que esclavitud hácia su madre incita;
Y «ése no es, dicen, criatura humana,
Sino el Amor, que con su madre habita.»
Que está sin venda, porque la ha arrojado,
De tus encantos para ser testigo;
Sin flechas ni alas, por haber jurado
No más vagar, sino vivir contigo.
Otros al verle tan amable, al paso
Que no lo cubren más gentil los cielos,
La gloria niegan al feliz acaso
De obra que tanto te debió en desvelos.
Tú embebecida lo oyes, y te places
De ver cuál vaga el pensamiento ansioso
De los desvelos con que amable le haces,
Hasta el desvelo en que le hiciste hermoso.
Tu sexo un día se verá prendado
De tantas gracias que tu afán le presta,
Y nuestro sexo quedará vengado
De los suspiros que su madre cuesta.

V.

ARANJUEZ.

En los días del Rey, nuestro señor.

¡Cuán bella, cuán risueña
La aurora de su carro nacarado
Se alza, y al mundo enseña
En pendón recamado
El nombre angusto del monarca amado.
Del sol á quien precede
Tan claro nombre excusa la salida;
Que el sol prestar no puede
Mayor contento y vida
Que da este nombre á su nación querida.
Espárcese en la esfera
El fuego de los pechos españoles,
Y Aranjuez reverbera
En la luz de mil soles
Con desusados brillos y arreboles.
Cual nunca se regala
El aire en aromáticos olores;
Cual nunca de su gala
Se revisten las flores;
Cual nunca halagan hoy los ruiseñores.
Ni más puras y bellas
Dispuso el claro Tajo sus corrientes
Por reflejar en ellas
Retratos transparentes
De amenos bosques y graciosas fuentes.
Los raudales partidos
Con que á la Isla el río está ciñendo,
De golpe desprendidos
Y en cascadas cayendo,
El aire llenan de apacible estruendo.
Haciendo se deslice
Después el agua tan serena y rasa,
Que al pensamiento dice:
De movimiento escasa,
Así la vida resbalando pasa.
A su murmullo manso
Acompaña el del viento, que al frondoso
Bosque no da descanso,
Y su penacho umbroso
Balanza con silbo sonoro.
Y del concierto blando
Me parece salir salva festiva,
Que al expresar cantando
Las aves «viva, viva»,
«Fernando», añade el aura fugitiva.
Sí, Fernando adorado,
Dos veces á tu pueblo fiel perdido,
Dos veces rescatado,
Tu nombre es el sonido
Que más encanta al español oído.
Hoy le aclaman triunfantes
Los que no le perdieron de memoria
Cuando fuimos constantes
En darte la victoria
Contra los enemigos de tu gloria.
Ya que días mejores
Gozar te vemos con feliz mudanza,
Y grato en sus colores
El iris de bonanza
De un cabo al otro de tu vida alcanza,
Ojalá llegue á tanto
Tu gloria y dicha en el ibero suelo,
Como la goza el santo
Tu glorioso abuelo,
Que fué en la tierra tu mejor modelo.
Que si la dicha pura
Es en el mundo incierta mariposa,
De ella al fin te asegura
Esa tu cara esposa,
Que de toda virtud es copia hermosa.
A quien sirven leales,
Cuidando de templar su régia lira,
Las Musas celestiales,
Cuando piadosa admira
Con dulces versos que tu amor le inspira,
Hoy su voz delicada
Sabrá daros, señor, digna armonía,

III, Ps.-XVIII,

Mientras que, de cansada,
Siento yo que la mía
No pueda haceros más feliz el día.

VI.

CONTRA LA SEDUCCION.

¿Adónde vas furtiva y tortuosa,
Contra la hierba y flores arrastrando
El pecho infame, oh sierpe venenosa?
¡Cómo! ¿hácia el lecho blando
Que oprimen dulcemente adormecidos
Dos esposos unidos,
Cubiertos con el velo de inocencia,
Silbas y arrastras tu fatal presencia?

Tiemblan los mirtos que les hacen sombra,
Como á los soplos de Aquilon sañudo
Al verte, oh monstruo; y con horror se asombra
Aquel emblema mudo
Del tierno amor, la tórtola inocente,
Que desde aquella fuente
Miraba silenciosa sus delicias,
Aprendiendo favores y caricias.

Túrbanse al rededor del casto lecho
Las frescas auras que ántes amorosas
Le regalaban, mientras tú en acecho
De enmedio de las rosas
El verdinegro cuello al aire libras,
La aguda lengua vibras,
Y osas amenazar con mil martirios
A los que de placer sueñan delirios.

Ellos ayer ciñéronse en el ara
La nupcial venda, y se juraron fieles
La mutua fe que el uni verso ampara.
A sus ansias crueles
El galardón de amor disfrutaron ellos
En estos lazos bellos;
¡Y hoy quieres ver los bellos lazos rotos,
Y aniquilar, crüel, tan dulces votos!

No me eyes tú; que la virtud te irrita,
Te ensoberbeces el ver dichas ajenas,
Y tu negrura á profanar te incita
Las blancas azucenas;
Ármaste, en vez de halago y tierna gracia,
De juvenil audacia,
Y el lascivo y sensual desasosiego
En lugar del amor te da su fuego.

Tranquilo duerme en tanto el par dichoso,
De sus gozos soñando el dulce fruto,
Y tú de forma humana y rostro hermoso
Te revistes astuto:
Lloran la humanidad y la hermosa
De verte en su figura,
Y la inocente esposa á sus gemidos
Abre los lindos ojos adormidos,

Y en tí los clava, en tí, que al claro brillo
Te turbas, pero hinchándote orgulloso
De que ya aquel mirar tierno y sencillo
Le robas al esposo.
Suena la Seducción, nace el agravio
De tu engañoso labio,
Cuyo veneno mancha el nupcial lecho,
Y de la honestidad salpica el pecho.

Rubor artificioso en tu semblante,
Llanto en tus ojos, y en tu voz suspiras
Hacen el fingimiento interesante.
Mas ¡cómo seduciros,
Oh esposas, puede el eco lisonjero
De afecto tan grosero,
Que aun sin haber cogido las primicias
Quiere partir con otro sus delicias!

Será que al són feliz de la victoria
Duerma el guerrero vencedor, la frente